

LA ETERNA FRONTERA DEL SUR. CARTOGRAFÍA DE LOS ENCUENTROS Y DESENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y MARRUECOS

Joan Lacomba
Universitat de València

LA FRONTERA REAL E IMAGINARIA

Hablar de la frontera entre España y Marruecos es en buena medida hablar de la frontera entre Occidente y el Islam o, si se prefiere, en un ámbito geográficamente más delimitado, entre Europa y el Mundo Árabe. Los territorios extremos de España y Marruecos han representado históricamente el espacio en el que ambos mundos han entrado en contacto: el sur de Europa y el norte de África apenas separados por una decena de kilómetros de mar, convertidos éstos en escenario de los encuentros y desencuentros históricos entre cristianos y musulmanes, y dotados de un fuerte poder simbólico difícil de diluir en sus aguas.

A pesar de la concepción clásica de Braudel (1976) al considerar el Mediterráneo no tanto un mar frontera como un mar que une y permite los intercambios en una y otra orilla a lo largo de la historia, la frontera sur ha sido y sigue siendo el escenario de una profunda fractura para la que se imaginan en la actualidad vías de superación y puentes de unión entre ambos lados. Sin duda el carácter marítimo de la frontera también ha contribuido a modelar la particular relación de vecindad entre los dos países, creando la sensación simultánea de lejanía y cercanía, de separación y contacto permanente. Sin olvidar que en realidad España mantiene con Marruecos una doble frontera: la frontera marítima que se extiende entre la Península y la costa mediterránea marroquí y la frontera terrestre entre los enclaves de Ceuta y Melilla –que constituyen a todas luces dos anomalías coloniales– y el territorio del propio Marruecos.

Con estos componentes la frontera española con Marruecos se configura como la frontera por excelencia, reuniéndose en ella todos los elementos que pueden separar y unir simultáneamente a dos países que han experimentado su vecindad desde la conflictividad (algo que, de todos modos, no es exclusivo de este caso, sino que suele caracterizar a la mayor parte de las relaciones entre territorios fronterizos). Así, en medio de guerras y acuerdos, España ha visto tradicionalmente a Francia desde la inferioridad, a Portugal con indiferencia y a Marruecos con habi-

tual superioridad. El vecino del norte ha sido objeto de admiración y recelo a la vez, el del oeste apenas ha contado en la historia contemporánea y ha permanecido más bien de espaldas, mientras que el del sur ha sido el vecino que mejor ha encarnado una apasionada relación ambivalente de amor y odio a un mismo tiempo, representando el espíritu de la frontera con toda su plenitud e intensidad.

Estamos ante lo que la historiadora María Rosa de Madariaga ha calificado como “una trama compleja de sentimientos contradictorios –atracción o simpatía instintiva y rechazo al mismo tiempo–, que podrían clasificarse de pasionales. El español se reconoce demasiado en el otro –el moro– y esto le irrita, le causa desasosiego, le lleva a un esfuerzo por distinguirse, por afirmarse, a reaccionar violentamente contra él. Hay que demostrar a los demás europeos que el español es superior, que África no empieza en los Pirineos” (Madariaga, 2002, 21).

Es ésta –la pretensión de marcar diferencias con un vecino que interroga nuestra propia identidad– la cuestión y la motivación que ha acompañado a la mayor parte de relatos de los escasos viajeros españoles que nos han proporcionado algún conocimiento sobre Marruecos, en contraste con los relatos de los viajeros extranjeros por España, quienes más bien trataron de presentar precisamente a los dos países como territorios emplazados entre Europa y África, propiciando precisamente la idea de que África empieza en los Pirineos. En realidad, las descripciones de los viajeros españoles desde principios del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX por Marruecos no son tan diferentes de las proporcionadas por otros viajeros extranjeros por tierras españolas en los mismos años, mostrando así la movilidad de las fronteras imaginarias por encima de su pretendida existencia física.

En su recorrido iniciado en 1830 por toda la geografía española el británico Richard Ford escribió lo siguiente tras tres años de andadura: “Los aficionados a lo romántico, lo poético, lo sentimental, lo artístico, lo arcaico, lo clásico, en una palabra, a las líneas bellas y sublimes, encontrarán tanto en el pasado como en el presente de España bastantes asuntos al recorrer esta nación singular suspendida entre Europa y África, entre la civilización y la barbarie... Este original e inmutable país, donde la antigüedad le pisa los talones al presente, donde el paganismo le disputa el altar al cristianismo, donde los excesos y el lujo reinan junto a las privaciones y la pobreza, donde la negación de todo sentimiento generoso y humanitario va de la mano con las más heroicas virtudes, y donde la ignorancia y la erudición se presenta en notable y violento contraste” (Ford, 1988, 25).

Unos pocos años antes (en 1803) el viajero catalán Agustín Doménech Badia, bajo el falso nombre de Alí Bey, había visitado Marruecos (un país en aquel entonces prácticamente cerrado a los visitantes europeos) y redactó con posterioridad las siguientes impresiones: “La sensación que experimenta el hombre que por primera vez hace esta corta travesía no puede compararse sino al efecto de un sueño. Al pasar en tan breve espacio de tiempo a un mundo absolutamente nuevo y sin la más remota semejanza con el que acaba de dejar, se halla realmente como transportado a otro planeta. En todas las naciones del mundo los países limítrofes,

más o menos unidos por relaciones recíprocas, en cierto modos amalgaman y confunden sus lenguas, usos y costumbres, de suerte que se pasa de unos a otros por gradaciones casi insensibles; pero esta ley constante no existe para los habitantes de las dos orillas del Estrecho de Gibraltar, los cuales, no obstante su vecindad, son tan extraños los unos de los otros como lo sería un francés de un chino. En nuestras comarcas de Levante, si observamos sucesivamente al habitante de Arabia, de Siria, de Turquía, de Valaquia y de Alemania, una larga serie de transiciones nos marca en cierto modo todos los grados que separan al hombre bárbaro del civilizado, pero aquí el observador toca en una misma mañana las dos extremidades de la cadena de la civilización, y en la pequeña distancia de dos leguas y dos tercios, que es la más corta entre ambas orillas, encuentra la diferencia de veinte siglos” (Alí Bey, 1997, 133).

Los dos relatos –el de Ford y el de Alí Bey– comparten en la forma y en el fondo la misma construcción y similar visión alrededor de las diferencias entre uno y otro mundo. En el primer caso España representa la antítesis de la civilización europea, en el segundo Marruecos ocupa el mismo lugar en relación con España. En ambas descripciones la búsqueda del contraste y la diferencia ayudan a marcar las fronteras entre países en distintos estadios de civilización, al tiempo que se destacan las contradicciones y contrastes internos de cada uno de los países visitados como una marca más de su innegable exotismo.

Se trata de una visión que perdurará y se mantendrá hasta muchos años después –incluso es posible encontrarla hoy en día en numerosos relatos literarios y crónicas viajeras–, tiñendo el pensamiento europeo, y español particularmente, sobre Marruecos.

Valga también como ejemplo la descripción de la única viajera española por el Marruecos de principios del siglo XX. Más de cien años después del viaje de Alí Bey (en 1935) la también catalana Aurora Bertrana nos ofrece en su libro *El Marroc sensual i fanàtic* una descripción que recoge elementos de contraste muy similares, oscilando permanentemente entre la admiración y el rechazo de la sociedad con la que entra en contacto: “Poques vegades es presenta ocasió a un croïnista de poder conversar amb un grup de musulmans cultes i intel·ligents (...) Heus aquí els servents amb la bacina i l’àmfora de coure i les fines tovalloles de lli. Passen davant dels comensals i s’aturen enfront de cadascun. Un dels criats para el recipient per recollir l’aigua que l’altre aboca sobre llurs mans. Els senyors àrabs s’esbandeixen amb calma, molt dignament. Jo penso: quin contrast entre aquests homes i els de l’altre Marroc, ferotge, guerrer, fanàtic i pollós. Avui la sort m’ha somrigut i puc contemplar al volt d’una taula baixa de coure, asseguts en coixins, amb les cames encreuades i el peus descalços, aquest grup d’interessants personatges, amb el llarguíssim llenç blanc i fi estès damunt dels genolls, en salvaguarda de llurs riques vestidures” (Bertrana, 2002, 50).

No obstante, y como muestra de la frecuente contradicción en la que se mueven los sentimientos españoles hacia Marruecos (idealización y demonización

pueden coexistir en un pequeño espacio de las mentes y sus producciones), el mismo relato de Bertrana también ofrece la idea de que la zona norte constituye prácticamente una extensión natural de España al otro lado del Estrecho, en razón de la similitud de pueblos y paisajes con Andalucía: “Els colonitzadors del Marroc espanyol (andalusos la major part) es troben en *llur propi element* en terres de Mahoma. Llevat de les mesquites i les gel·labes i haics, que substitueixen per esglésies catòliques, vestits europeus i americans, tot l’altre té tants punts de contacte que les comparacions es multipliquen” (Bertrana, 2002, 90). Un hecho éste que también podemos hallar en el texto de Richard Ford pero en sentido contrario, cuando llega a afirmar del pueblo andaluz de Ugijar que “los habitantes son medio moros, aunque hablan español” (Ford, 1988, 168).

Ambos tipos de discursos (identificación del otro como incivilizado y al mismo tiempo con notables semejanzas en otros órdenes) no son ajenos –como veremos a continuación– al propio que acompaña a la colonización, justificada tanto como una misión civilizadora, como por el intento de reintegrar un “territorio español” desgajado al otro lado del mar. Se trata pues de ejercicios encaminados a redibujar una frontera no resuelta. Y aunque la del sur –como todas las fronteras– es una frontera construida y fabricada sobre todo mentalmente, sin embargo, y a diferencia de otras fronteras, alrededor de ella se han solidificado visiones poco mutables en el tiempo, como efecto de los precisos mecanismos que han permitido su invención.

LAS RELACIONES ENTRE OCCIDENTE Y EL ISLAM

Tal es así que las relaciones entre España y Marruecos a través de la historia no pueden ser entendidas si no es en un marco más amplio: el propio de las relaciones entre occidente y el islam. Con un occidente y un islam enfrentados desde las cruzadas como telón de fondo, buena parte de los hechos históricos a los que más tarde haremos referencia han sido explicados –aunque no siempre de forma acertada– en la misma clave. En su libro *Las cruzadas vistas por los árabes*, el escritor Amin Maalouf se refiere a esta cuestión destacando que incluso “el mundo árabe, fascinado y a la vez espantado por esos *frany* a los que ha conocido cuando eran unos bárbaros, a los que ha vencido, pero que, después, han conseguido dominar la tierra, no puede decidirse a considerar las cruzadas como un simple episodio de un pasado que no volverá. Con frecuencia sorprende descubrir hasta qué punto la actitud de los árabes, y de los musulmanes en general, respecto a Occidente sigue, incluso hoy, bajo la influencia de los acontecimientos que se supone terminaron hace siete siglos” (Maalouf, 1994, 289).

Del lado occidental la pervivencia de un sentimiento de victoria frente al islam, pero también de una vigilancia continua respecto al mismo, ha marcado la distancia establecida en la relación con este último. A lo largo de los años la labor del orientalismo –descrita detalladamente por Edward Said en su clásico libro cuyo título sirvió para acuñar este término– ha tejido una malla que entorpece cualquier intento objetivo de acercarse al conocimiento de las sociedades islámi-

cas. Los mecanismos de construcción del imaginario occidental sobre el islam han sido ampliamente desvelados por el propio Said, quien nos recuerda que el mismo orientalismo es también un claro ejercicio de delimitación de fronteras: “La práctica universal de establecer en la mente un espacio familiar que es *nuestro* y un espacio no familiar que es el *suyo* es una manera de hacer distinciones geográficas que pueden ser totalmente arbitrarias. Utilizo la palabra *arbitrario* porque la geografía imaginaria que distingue entre *nuestro territorio* y *el territorio de los bárbaros* no requiere que los bárbaros reconozcan esta distinción. A nosotros nos basta con establecer esas fronteras en nuestras mentes; así pues, *ellos* pasan a ser *ellos* y tanto su territorio como su mentalidad son calificados como diferentes de los *nuestros*. Hasta cierto punto las sociedades, las sociedades modernas y primitivas parecen así obtener negativamente el sentido de su identidad (...) Lo que ocurre con frecuencia es que nos sentimos no extranjeros porque tenemos una idea poco rigurosa de lo que hay en el exterior, más allá de nuestro propio territorio. Todo tipo de suposiciones, asociaciones y ficciones parecen confluir en el espacio no familiar que está fuera del nuestro (...) No hay duda de que la geografía y la historia imaginarias ayudan a que la mente intensifique el sentimiento íntimo que tiene de sí misma, dramatizando la distancia y la diferencia entre lo que está cerca de ella y lo que está lejos” (Said, 1990, 80-81).

Las palabras precedentes de Said –destacando la necesidad de caracterizar al otro para establecer quiénes somos nosotros– coinciden con las de Hichem Djaït, que concreta esos mecanismos de construcción y los coloca bajo el paraguas del imperialismo. Dice Djaït que “lo que en la segunda mitad de ese siglo (el XIX) expansionista modificó y condicionó toda la visión de Europa fue el fenómeno del imperialismo. El etnocentrismo despectivo justificaba la dominación y ésta a su vez alimentaba el etnocentrismo. Todo el mundo no europeo se vio desvalorizado y privado de su dignidad histórica. Se convirtió en patrimonio etnológico. En la medida en que conservaba una agresividad latente, el Islam fue denunciado como reducto del fanatismo y el panislamismo como una conspiración contra Europa. Europa confiscó las luces del siglo XVIII para emplearlas en una empresa prosaica, y recurrió de nuevo al arsenal polémico de la Edad Media para descalificar a aquellos a quienes sometía” (Djaït, 1990, 42).

Lo mismo podría perfectamente afirmarse de la penetración y colonización europea de Marruecos, en donde se instrumentalizó el papel de los etnógrafos y otro científicos para proporcionar una imagen acorde con las pretensiones de dominio. De tal manera que “el conocimiento de las sociedades o países que eran objeto de las apetencias europeas se constituía, y era utilizado, como un arma más que asegurara el control europeo sobre las tierras en cuestión. No debe extrañar, por tanto, que se hiciera hincapié en los aspectos más negativos de la sociedad marroquí, a veces tendenciosamente manipulados, para justificar las *legítimas* aspiraciones europeas de civilizar y modernizar a un pueblo acusado de estar sumido en bárbaras costumbres” (Martín Corrales, 2002,101).

De todos modos González Alcantud considera el africanismo español desarrollado en la época del Protectorado como una variante del orientalismo europeo, pero de una naturaleza distinta, dado que “España nunca buscó el Oriente orientalista, con sus pulsiones sexuadas sino el África de sus combates cruentos, incluso caballerescos. En el ensueño hispánico no se desea al Otro, se le combate. No hay ensueños orientales de molición, sino sueños de gloria militar” (González, 2002, 17).

En cualquier caso la construcción occidental de Oriente, así como la del resto del mundo no occidental –véase también la construcción del imaginario en relación con África en el libro de Gargallo y Gili–, ha seguido y sigue los caminos de la dominación mediante la colonización de los pensamientos; caminos transitados incluso con mayor asiduidad hoy en día, a pesar de la cercanía y el conocimiento que deberían proporcionar los actuales medios de transporte y comunicación. Todo ello es aún si cabe más marcado en el caso de Marruecos, pues ocurre con este país lo mismo que con el conjunto del Islam cuando indica Djaït que éste “está demasiado cerca de Europa como para suscitar ese impulso que conduce al exilio de las ideas ansiosas de encontrar otros horizontes verdaderamente distintos” (Djaït, 1990, 63). Es precisamente esa cercanía geográfica, en contraste con la distancia cultural –destacada desmesuradamente en muchas ocasiones, en lugar de ser reducida buscando los numerosos elementos comunes–, la que habría hecho de Marruecos el escenario particular de la alteridad española.

LA HISTORIA COMPARTIDA

La historia de las relaciones entre España y Marruecos es tan antigua como la de ambos países y está ligada en buen grado a la construcción como tal de cada uno de ellos. Desde la llegada a la Península a través del estrecho de Gibraltar de las tropas bereberes comandadas por Tariq en el año 711, hasta la reconquista en nombre de los Reyes Católicos en 1492 de Granada como última capital de Al-Ándalus y la posterior expulsión de la población morisca en 1609, los diferentes avatares históricos compartidos han determinado en buena medida la vida interna de los dos países. La presencia española de forma permanente en el territorio del actual Marruecos arranca ya en el año 1497, con la construcción del primer presidio costero convertido con los siglos en la actual ciudad de Melilla. A la ocupación de esta parcela de territorio marroquí habrían de suceder las de otros enclaves destinados al mismo fin, o a proteger a las embarcaciones europeas de los asaltos de los piratas berberiscos, como los peñones de Vélez de la Gomera (1564) y Alhucemas (1673), o las Islas Chafarinas (1848), así como Ceuta (ocupada primero por Portugal en 1415 y bajo soberanía española desde 1640). Son años en los que las incursiones españolas en la costa norteafricana se limitan a proporcionar seguridad al tráfico marítimo por el Mediterráneo, pero presagian una creciente intervención y la posterior aventura colonial en Marruecos.

Será en 1859 cuando se inicie el enfrentamiento abierto entre España y Marruecos, conocido como la guerra de África, tras diversas escaramuzas propiciadas

por los intentos españoles de ampliar el perímetro de sus enclaves. Ceuta es en esta ocasión el centro de la disputa, pero los enfrentamientos entre las tropas españolas destacadas en Marruecos y los miembros de las tribus locales se sucederán de forma intermitente y por diferentes motivos hasta tomar de nuevo las dimensiones de una guerra en 1909. Esta última fecha pasará definitivamente a la historia por los episodios de la Semana Trágica en Barcelona, como consecuencia de la elevada pérdida de soldados españoles en el Barranco del Lobo y la oposición al enrolamiento de nuevos reclutas entre las clases populares. Posteriormente, en 1921, habrá que añadir a la larga lista de fracasos el desastre de la batalla de Anual, donde el ejército español se verá diezmado por combatientes irregulares pero buenos conocedores de su propio terreno. A partir de ahí, los intentos de las tropas españolas por retomar el control de la situación y recuperar así el prestigio perdido extenderán la guerra por todo el Rif entre 1921 y 1927 con un alto coste humano.

En todo caso habría que recordar que la implicación española en la aventura colonial marroquí se formalizó previamente en 1912, con la firma de un convenio con Francia por el que ésta le reconocía a España una zona de influencia en el Norte de Marruecos. De forma que oficialmente el norte de Marruecos estuvo bajo dominio colonial español entre los años 1912 y 1956. Más precisamente, durante más de cuarenta años se empleó la fórmula del régimen de protectorado, es decir, el de una colonización sin proyecto y sin verdaderos colonos. A diferencia de la zona centro-sur del país, colonizada por los franceses a todos los efectos, la región bajo influencia española sirvió sobre todo como retaguardia militar y para la protección de los enclaves de Ceuta y Melilla, y siempre adoleció del carácter de territorio para la extensión de la metrópoli. En cambio, los franceses desplazaron a un buen número de colonos, dotaron a las regiones bajo su control de infraestructuras (carreteras, ferrocarril, puertos...) e incluso promovieron planes de desarrollo agrícola con el fin de transformar profundamente la sociedad en la que penetraron, algo que sin duda estaba estrechamente ligado con su interés por conocer la cultura local, y que marca una notable diferencia con la indiferencia que sobre estas cuestiones mostraron habitualmente los españoles.

De hecho, y a excepción de unos pocos militares que ejercieron la labor de etnógrafos (como Blanco Izaga), los españoles nunca trataron de entender el medio en el que se encontraban, quizás porque carecían de un proyecto definido respecto a su estancia en Marruecos. A este respecto González Alcántud insiste en que “realmente las directrices protectorales distaban mucho de constituir una *política* propia, singularizada respecto a las ansias de conocimiento etnográfico de otras potencias coloniales” (González, 2002, 187). No obstante, el mismo autor nos recuerda que a largo del tiempo también hubo cambios sobre la perspectiva del Protectorado, e incluso intentos poco exitosos de aplicar fórmulas más próximas al espíritu de la colonización. Así, nos habla de “la mutación de la ideología militarista de los propios oficiales españoles en el Protectorado, por una política de

suave colonización encubierta, sobre todo con aspectos de desarrollo económico y social, sobrevinida tras la agri dulce finalización de la contienda 1921-1927” (González, 2002, 186).

El carácter de este intento colonizador, a manos de una antigua potencia que había perdido recientemente sus propias colonias, ha sido destacado igualmente por otros autores que han visto en todo ello un esfuerzo fallido por resituarse a España en la escena internacional, acompañado por las propias dificultades internas por las que atravesaba la situación española y el alto grado de complejidad del territorio a controlar. De acuerdo con Mimoun Aziza “la presencia española en Marruecos estuvo marcada por dos factores primordiales. Por una parte, España era una potencia colonial marginal en comparación con Francia o Gran Bretaña. Sus problemas políticos internos hacían poco eficaz cualquier acción colonial. Por otra parte, el Rif, al ser una región montañosa y pobre, no ofrecía muchas posibilidades de desarrollo económico e inversión para el capitalismo español” (Aziza, 2003, 20). El mismo Aziza amplía esta tesis afirmando que “el colonialismo español sin duda existió, aun siendo marginal y presentando particularidades y características vinculadas a la originalidad y especificidad de la historia de España. Entre ellas, la debilidad del capitalismo hispano, que carecía de los medios necesarios para lograr el desarrollo económico del Rif y que no estaba a la altura del resto de los componentes del capital financiero internacional. Añadamos a ello la incapacidad de los medios empresariales e industriales de la metrópoli para sensibilizar al pueblo y al gobierno españoles en pro de una política de rentabilización lucrativa de la zona. El Rif, como región pobre que era, tampoco ofrecía grandes posibilidades de inversión. Dada la escasez de los intereses económicos de España en Marruecos y la pobreza del territorio rifeño, los ideólogos del colonialismo español, especialmente los oficiales franquistas, intentaron presentarlo como una acción original, netamente desmarcada del resto de las demás potencias: un Protectorado *desinteresado*” (Aziza, 2003, 254).

En cuanto a la primera cuestión señalada por Aziza –las características propias de la región del Rif–, es cierto que muchas de las expectativas españolas se vieron frustradas. En realidad, la búsqueda de un nuevo El Dorado con la esperanza de encontrar importantes riquezas minerales en el Rif pronto se desvaneció, y aunque algunas empresas españolas mantuvieron algunas explotaciones en las cercanías de Melilla los beneficios fueron escasos, lo que restó interés económico a la aventura colonial. Respecto al probable carácter “desinteresado” del protectorado español –una idea difundida desde algunos medios que convertían en una práctica altruista y quijotesca la intervención española, como si se tratase de una misión de ayuda para colocar en el buen camino a nuestros hermanos del otro lado del Mediterráneo– habría que insistir en que no deja de ser un instrumento legitimador de la misma acción colonial. Igualmente, el recurso ocasional a la reivindicación de la fraternidad entre españoles y marroquíes contrasta ampliamente con la realidad y crudeza de los hechos, así como con la construcción paralela de un estereotipo

fuertemente negativo del marroquí en España. Podríamos decir que se trata más bien de un ejercicio que cultiva la idealización en el plano simbólico, mientras opta por un claro rechazo en términos humanos, al modo en que Said o Dajit han descrito en sus obras este tipo de mecanismos de compensación.

En esta misma línea la literatura de la época contribuirá en buena medida a alimentar una determinada imagen de Marruecos y sus habitantes, coincidiendo especialmente con los momentos álgidos del enfrentamiento militar. Es lo que Antonio Carrasco ha interpretado, por parte de determinados autores, como “un intento de justificación, cuando no auténtica propaganda, de la intervención española en Marruecos. En esta época precolonial son ya muchas las voces que reclaman la expansión territorial, más o menos limitada, pero que ensanche el estricto círculo que rodea las ciudades presidio. Parten, como era habitual, de un concepto exageradamente peyorativo del moro marroquí. Construyen un personaje moro a imagen de su ideal preconcebido de salvaje. El eurocentrismo no deja otros modos de progreso fuera del occidente cristiano. Y no siempre esta intención es negativa porque, en su noción de las cosas, piensan que es un deber moral de exportación del progreso. Conscientemente se construye un estereotipo de marroquí resaltando sus defectos: crueldad, falsedad, mal trato a las mujeres, suciedad, servilismo, etc., incidiendo en su decadente organización social: corrupción, abuso de poder, venganza... Basándose en textos ya clásicos se consigue hacer circular una personalidad típica de moro que, a la vista desavisada del lector español, aparece en un estado inferior de desarrollo humano” (Carrasco, 2000, 24).

No obstante las miradas son mutuas, y no falta la correspondiente construcción del estereotipo desde el otro lado, aunque desgraciadamente tengamos mucha menos información al respecto. De manera que la percepción que los propios rifeños tenían de los españoles estuvo condicionada por el mismo tipo de colonización desarrollada allí. Martín Corrales ha señalado cómo “la más duradera estancia de los soldados en el territorio colonizado y la progresiva instalación de colonos, pese a que nunca llegara a alcanzar cifras importantes, favoreció el contacto de la sociedad marroquí con el sector más pobre y menos preparado intelectualmente de los colonizadores. La ventaja de compartir no pocas actividades y determinados barrios, que favoreció numerosos préstamos culturales, fue contrarrestada por el sentimiento de superioridad y la crudeza con la que los citados sectores juzgaron a los marroquíes” (Martín Corrales, 2002, 101). Y es que, aunque el número de españoles en la zona del Protectorado representase proporcionalmente un porcentaje superior al de los habitantes franceses en su propia zona de Protectorado en relación con el número de los marroquíes (en 1940 había oficialmente 62.400 españoles residiendo en el norte de Marruecos), sin embargo, la mayor parte de los españoles en el Protectorado no respondía a la imagen clásica del colono. Se trataba en su inmensa mayoría de gentes que habían huido de la pobreza en España y que preferían arriesgarse a un futuro incierto en una tierra igualmente pobre. Así, Aziza explica cómo, “en general, los rifeños tenían una imagen

negativa del colonialismo español, dominado por una clase militar que, por otra parte, estaba haciendo su carrera en Marruecos. Un colonialismo incapaz de producir riqueza, dada su falta de medios. La valoración negativa también afectaba a la población y los españoles eran calificados de *miseros* y *chapuceros* debido a su pobreza” (Aziza, 2003, 258).

HISTORIAS Y MIRADAS CRUZADAS

Todos los acontecimientos históricos destacados en el apartado anterior han contribuido de forma decisiva a perfilar los imaginarios mutuos entre España y Marruecos, pero si un hecho contemporáneo ha tenido un especial papel en este sentido ha sido el arranque de la Guerra Civil española en este último país. Podemos afirmar que fue la participación de un contingente de campesinos del Rif en la Guerra Civil española al lado de las tropas golpistas del general Franco el hecho que marcó, y marca hasta la actualidad, de forma profunda y en mayor medida el imaginario popular de los españoles (tanto de izquierdas como de derechas) sobre los marroquíes. Es la misma apreciación realizada por González Alcantud cuando afirma que “la imagen negativa del moro volverá a circular después del breve interregno 1927-1936, período en el que en nuestra opinión se creció el africanismo fundado en las retóricas tardorrománticas de la filia hispanomusulmana, en la guerra civil de 1936-1939, cuando el retorno de los musulmanes de la mano de los militares *africanistas*, exacerbó hasta la hipérbole las imágenes de aquéllos como sanguinarios y salvajes” (González, 2002, 247).

Los relatos sobre la brutalidad empleada entre los marroquíes enrolados por los nacionales han llegado hasta nuestros días sin que hayan sido estudiados críticamente ni analizadas las causas que motivaron dicha participación. Una de las pocas historiadoras españolas que se ha tomado esta molestia, María Rosa de Madariaga, sostiene que “el reclutamiento acelerado de soldados marroquíes empezó desde el primer momento. Las pobres cosechas de los años anteriores (1934 y 1935) y de los primeros años de la guerra, especialmente 1937, facilitaban la tarea de los caídos, quienes a cambio de una generosa paga, se afanaban en poner a disposición de Franco nuevos reclutas. A los soldados marroquíes se les proporcionaba vestimenta, comida y salario. Las condiciones ofrecidas a los que se alistaban consistían en dos meses de paga anticipada, cuatro kilos de azúcar, una lata de aceite y panes diarios según el número de hijos de cada familia para los que se embarcaban hacia España. Teniendo en cuenta las precarias condiciones de vida en el Rif, no es de extrañar que miles de marroquíes acudieran en las primeras semanas a alistarse en el ejército franquista para huir de la miseria” (Madariaga, 2003, 74-75).

Es éste, con toda seguridad, el factor que determinó en mayor medida la participación de un nutrido grupo de campesinos del Rif en la guerra civil española y no, como en ocasiones se ha especulado, una supuesta ansia de vengarse de los mismos colonizadores y de los infieles en su propio territorio, elemento este últi-

mo que sólo contribuye a alimentar de por sí el estereotipo ya existente. En todo caso no hay que olvidar que también hubo resistencias a los reclutamientos, tal como recoge la misma Madariaga, en forma de motines y revueltas locales, así como la huida de muchos hombres hacia el lado del Protectorado francés (Madariaga, 2002, 33).

Por otra parte, la atención prestada a la participación marroquí del lado franquista contrasta con el nulo interés dedicado a la constatada presencia de marroquíes en las filas republicanas, aunque es cierto que ésta fue muy desigual. De hecho, distintos cálculos hablan de la diferente participación en uno y otro bando: desde los ochenta mil combatientes en el lado franquista (Madariaga, 2003, 77), hasta las decenas de marroquíes presentes entre los ochocientos brigadistas internacionales árabes (Ben Salem, 2003, 120).

Sea como sea, este oscuro episodio de la historia compartida entre España y Marruecos ha tenido consecuencias notables sobre la visión que los españoles siguen teniendo de los marroquíes, tiñendo el imaginario popular y marcando en determinados momentos las relaciones mutuas.

En cuanto a la sociedad marroquí de hoy día el sentimiento general hacia España y los españoles sigue alternando entre la admiración por su capacidad de cambio en las últimas décadas y el agravio por lo que se considera una falta de justa reciprocidad en el trato mutuo. Podemos decir que, en general, los marroquíes no se sienten correspondidos por los españoles. Por otro lado, para los marroquíes los españoles no son muy distintos de ellos mismos, aunque quizás favorecidos por su posición europea han podido conseguir el nivel de desarrollo que a ellos aún les resulta negado. En la denominación popular los españoles son también *rumis*, es decir, extranjeros europeos y cristianos, pero dotados de una proximidad cultural y humana que no reciben otros occidentales. El mito de la hermandad entre españoles y marroquíes sigue estando vivo en el imaginario popular, y a este respecto es significativo que la colonización española del norte de Marruecos no haya recibido en el mismo grado las críticas hacia otras colonizaciones. El paternalismo cultivado en parte por los españoles y el abandono del Rif propiciado por el mismo Estado marroquí han extendido allí entre algunos sectores la idea de que aquella fue en parte una “época dorada” (muchas familias han conservado el castellano como vínculo afectivo), aunque no faltan los que han denunciado las atrocidades de la colonización y exigen las correspondientes reparaciones al Estado español. En alguna forma, el carácter internacional de la ciudad de Tánger y las nuevas urbanizaciones de los españoles en las ciudades de Tetuán, Alhucemas o Larache proyectaron durante años una imagen de progreso que alentó la esperanza de una rápida modernización, aunque al final del período el resultado no fuese precisamente positivo. No hay que olvidar que, tal como afirma Aziza, “el balance de la colonización en la época de la independencia era nimio y la región adolecía de falta de las estructuras necesarias para su desarrollo económico” (Aziza, 2003, 258).

De todos modos la herencia española se ha dejado sentir hasta nuestros días, reforzada —como ya hemos dicho— por la marginación a la que el Estado marroquí ha sometido a la zona. En cambio, tras la independencia de Marruecos en 1956, España se olvidó completamente del Rif en un ejercicio de amnesia colectiva. Parece que el expediente marroquí se archivó y trató de borrarse cualquier responsabilidad española en relación con el antiguo Protectorado. Sólo en los últimos años la emigración de numerosos marroquíes hacia España (muchos de ellos rifeños), así como la cooperación cultural (ha habido un esfuerzo por recuperar gran parte del patrimonio arquitectónico de la colonización española) y para el desarrollo (tanto los múltiples proyectos de la cooperación oficial como no gubernamental) y la instalación de algunas empresas españolas, han renovado el interés por el norte de Marruecos y han vuelto a conectar esta región con España.

Respecto al flujo migratorio la emigración de los marroquíes se ha convertido en nueva forma de vincular estrechamente a España y Marruecos, pero también ha vuelto a poner de relieve la relación fronteriza desigual entre los dos países (a todo ello se han sumado crisis como la propiciada por los subsaharianos en sus intentos de superar las vallas que rodean Ceuta y Melilla). La realidad es que la brecha económica se ha incrementado notablemente en los últimos años. De hecho, la renta per cápita española es ya quince veces superior a la marroquí, y la frontera económica entre ambos países es una de las más desiguales del mundo (la décima según algunas clasificaciones, situándola por encima de otras como la existente entre países vecinos como Estados Unidos y México), profundizando así la imagen de foso que proyecta el Estrecho.

No obstante, la migración entre Marruecos y España también actúa como un puente que conecta ambas sociedades y proyecta sus influencias en uno y otro lado. La movilidad continua de los migrantes marroquíes entre su país de origen y el de acogida sirve para recrear parcelas de una sociedad en el seno de la otra, al tiempo que para relativizar el papel de las fronteras, aún cuando éstas se refuercen y se sofistican en sus tecnologías de control. Pero la migración como fuente de contactos y mestizajes no ha impedido que la percepción de los marroquíes entre la opinión pública española siga siendo altamente negativa. A este respecto valdría la pena indicar que, según las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas, en 1998 un 42% de los españoles tenía una opinión negativa o muy negativa sobre la inmigración marroquí hacia España, mientras que era positiva o muy positiva la opinión de un 17%, a pesar de que sólo un 70% de los encuestados afirmaba haber tenido alguna vez relación con un marroquí.

La secular fobia al *moro* sigue ampliamente instalada entre los españoles, como resultado de una imagen construida y anclada a lo largo de siglos. Alfonso de la Serna se refiere a esta cuestión afirmando que “el *moro* es el que llegó del inmediato norte de África o el que, viniendo de más lejos, pasó antes por esas cercanas costas; en suma, el *moro* es el que vino de Marruecos, o para puntualizar al máximo, el marroquí, el que tenemos enfrente y del que llevamos tanto siglos percibien-

do una imagen algunas veces luminosa y brillante pero casi siempre sombría. Cuando ya parece que el mayor y más directo conocimiento actual, además del conocimiento científico, pueden haber clarificado la imagen borrosa y equívoca, resulta que todavía nuestros reflejos políticos aparecen frecuentemente teñidos del prejuicio instalado en nuestras mentes por la *imagería mora*” (Serna, 2001, 34).

Finalmente, el férreo estereotipo del marroquí entre los españoles contrasta y se acompaña —o quizás se explica— con el notable desconocimiento que desde este lado se tiene de Marruecos. No así tanto del lado de los marroquíes, quienes se interesan en mayor medida por nosotros, permaneciendo conectados a España a través de las cadenas de televisión o de los propios emigrantes. No es extraño por ello que muchos españoles, influenciados por las imágenes tópicas de los reclamos turísticos (valga indicar que según la misma encuesta del CIS en 1998 sólo el 10% de los españoles había visitado Marruecos pese a su cercanía), esperen encontrar al otro lado del Estrecho el mítico desierto, aunque lo que en realidad hallarán es un paisaje mediterráneo muy similar al de este lado de la costa y una sociedad en profunda transformación. Una idealización del desierto que va muchas veces acompañada de la de sus propios habitantes (nómadas, saharauis e incluso supuestos tuaregs), asociados a la figura del “moro bueno” (noble, hospitalario...) por contraposición a la del “moro malo” (interesado, traicionero...) presente en el resto de Marruecos y sus ciudades, y que nos remite a esa eterna ambivalencia con la que hemos visto siempre a Marruecos. Todo ello nos revela que, por encima incluso de las distancias geográficas y materiales, la frontera mental es la que más sigue separando a España de Marruecos.

BIBLIOGRAFÍA

- BEN SALEM, A. (2003): La participación de los voluntarios árabes en las brigadas internacionales. Una memoria rescatada, en: González Alcantud, J. A. *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Barcelona, Anthropos, 111-131.
- BERTRANA, A. (2002): *El Marroc sensual i fanàtic*. Barcelona, Columna.
- BEY, A. (1997): *Viajes por Marruecos*. Barcelona, Ediciones B.
- BRAUDEL, F. (1976): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- CARRASCO, A. M. (2000): *La novela colonial hispanoafriicana. Las colonias africanas de España a través de la historia de la novela*. Madrid, Sial Ediciones.
- DJAÏT, H. (1990): *Europa y el Islam*. Madrid, Libertarias/Prodhufi.
- FORD, Richard (1988): *Las cosas de España*. Madrid, Turner.
- GARGALLO, E.; GILI, A. (Coords.) (2005): *África en l'imaginari occidental. Els mites europeus sobre Àfrica*. Valencia, Universitat de València.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (2002): *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*. Barcelona, Anthropos.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (2003): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*. Barcelona, Anthropos.
- LACOMBA, J. (1997): La construcció de l'imaginari occidental sobre l'Islam. *Revista de Catalunya*, 118, 9-16.

- MAALOUF, A. (1994): *Las cruzadas vistas por los árabes*. Madrid, Alianza Editorial.
- MADARIAGA, M. R. de (2003): La guerra colonial llevada a España: las tropas marroquíes en el ejército franquista, en: González Alcantud, J. A. *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Barcelona, Anthropos, 58-94.
- MADARIAGA, M. R. de (2002): Imagen del moro en la memoria colectiva del pueblo español y retorno del moro en la guerra civil de 1936. *Historia 16*, 319, 69-77.
- MARTÍN CORRALES, E. (2002): *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica siglos XVI-XX*. Barcelona, Bellaterra.
- MIMOUN, A. (2003): *La sociedad rifeña frente al Protectorado español de Marruecos (1912-1956)*. Barcelona, Bellaterra.
- SAID, E. (1990): *Orientalismo*. Madrid. Libertarias/Prodhufo.
- SERNA, A. de la (2001): *Al Sur de Tarifa. Marruecos-España: un malentendido histórico*. Madrid, Marcial Pons.